



Detrás de la cerca¹



Editor: María Andrea Rojas. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2019. Este es un documento de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.



Cuando de niño me sentaba bajo el *Rosal de savia*, me sentía como en un profundo bosque, a donde se llega a través de un puente se arcoíris. Los grillos saltaban de las hojas, me miraban con sus infinitos ojos celestes de criaturas extraterrenales y se espantaban, viendo quien sabe qué criatura extraña en mí. Las libélulas, de aquel verde militar o de un rojo con negro, se elevaban en el cielo como diminutas máquinas que planeaban en la tarde azul sin una sola nube. Fijaba la mirada y podía llevar el ritmo de su respiración, cuando su cola se inflaba y se convertía en un anzuelo, semejando un dedo que suavemente se contrae. El gusano blanco permanecía estático bajo la hoja, ondulando de vez en cuando su torso aterciopelado. La crisálida en lo alto del tallo y la luz que se filtraba desde la altura. Aquello que se enroscaba sobre sí mismo y caía como un sereno sobre mis ropas... cada cosa se tornaba en quietud o se disparaba como un resorte. Sólo las hormigas permanecían indiferentes a todo movimiento del mundo, siempre concentradas en su estoica tarea. Su río subía cualquier cuesta, bordeando diminutas piedras, separándose y volviéndose a unir en su cauce continuo, llevándose en su corriente uno que otro animalito muerto.

Una gran cerca hecha a la machota, con horcones y caña brava, separaba la vieja casa de la otra. Aquellos límites sólo eran usurpados por los perros que se hacían a pasadizos secretos, y se perdían y reaparecían a su antojo, y por los gallos que, sobre la cerca cantaban y aleteaban al crepúsculo. La brisa fría de la tarde zumbaba, yendo y viniendo por todos los patios de la cuadra, proporcionándole a la hierba aquel efecto de gamuza. Las hojas de los árboles cascabeleaban mientras yo andaba por la casa en calzoncillos, buscando la toalla, el jabón y la taza para bañarme con el agua fría del tanque del patio.

Mi vecina, con su cuerpecito delgado y moreno, a quien sorprendía mirándome con sus ojos como el cobalto, también escapaba de mí como los Saltamontes, cuando mis ojos ocres la veían aprisionarse entre alguna rendija de la cerca. Decía mi nombre con una voz chillona y canturrona y corría y brincóneaba y se escondía. Para mí era la niña más fea del mundo, con sus muñecas llenas de pulseritas de colores y sus pequeñas blusas de tirantes, viejas hasta el desgaste, que le colgaban, dejando ver parte de los pechos desinflados y aquel pescadito que revoloteaba en medio de sus clavículas, prendido por la boca del hilillo luminoso de su cadena. Se subía al guayabo mientras yo me bañaba en el patio y me tiraba pequeñas flores, mientras me hacía caras raras. Yo se lo mostraba, lo estiraba para que lo viera bien y ella

¹ Fabián Andrés Fernández Pájaro, Estudiante de Lingüística y Literatura Séptimo semestre, Universidad de Cartagena. ffernandezp@unicartagena.edu.co

cantaba a viva voz colgada de las ramas con una fruta mordida entre las manos, riendo estrepitosamente. Luego bajaba veloz y se metía en la casa.

Una tarde Mamá me vistió con las camisas negras de las reuniones familiares y un pantaloncito de cuadros café que me picaba en las piernas. Un ataúd mediano, de color negro, con adornos rudos la guardaba. No a Mamá, a la niña. Mamá me advirtió que no mirara adentro, que no mirara adentro, que no mirara adentro... pero la tapa estaba levantada y no pude evitar ver su perfil. Estaba pálida, como dormida y un mechón de sus largos cabellos, negros y lisos, caían como si fueran una mano que se agarraba del borde de una balsa... su mamá gemía en un rincón de la sala y de sus ojos rojos emanada a borbotones agua salada que recogía con un pañuelo viejo. Cuando cerraron la tapa escuché gritar a la madre y correr desesperada. En vano intentó abrir de nuevo el ataúd, pues todos pensaban que quería tomar a la niña en su momento de locura, y la detuvieron forzándola entre el llanto y los gritos de angustia. No era más que un animalillo retorciéndose de dolor. Se soltó como pudo y corrió a la cocina. Se escuchó el estrépito de los cubiertos de electro plata caer al suelo, el despedazamiento de un plato y los pasos presurosos que regresaban. Se le vio brillar un cuchillo entre las manos. Resopló como una fiera desde el umbral. Mamá me tomó del brazo con fuerza y corrió conmigo en los brazos hasta la puerta, y mientras todos nos imitaban, pude ver a la mamá de la vecina cortar el mechón de cabello que había quedado fuera del féretro y sentarse casi desmayada con él en las manos. Fue entonces que la muerte me comenzó a afectar, y leía el Gran Libro para tratar de averiguar a dónde había ido la vecina y a donde iría yo, porque comencé a sentirme perdido, angustiado, poseído por la incertidumbre de la vida misma. Dejé de bañarme en el patio, e inclusive, de quedarme hasta cierta hora, pues temía ver siempre los ojos de mi vecina en alguna rendija de la cerca, o verla montada sobre el guayabo inspeccionándome con la mirada, esta vez silenciosa, con los pálidos labios sonriéndome.